

Fernando el Católico, titán
y bienaventurado

por **Angel Ferrari**

(PÁGINA EN BLANCO)

A más de la política, la histórica, la dramática y la didáctica universales, en la literatura poética española del siglo de oro, y en su producción lírica más genuina, como tipo singular de nuestra Historia fué celebrado Fernando el Católico por el poeta antequerano Agustín de Tejada y Páez¹. Tiene mucho de trascendente, de culterano, y de pagano y cristiano a la vez, el poema de éste, titulado “Canción a los Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel”, y por tales motivos, nos interesa destacarlo, entre tanta literatura como se conoce, a dichos gobernantes dedicada; aunque este corto poema de sólo quince estancias, de manera muy especial, y sin excepción apenas en ellas, puede decirse que se consagra a la exaltación única de la persona y la política del monarca aragonés, cual gratificación, la mayor, que la Historia profana y sagrada, para los Tiempos Modernos, señala en España. Por ser agonal exclusivamente su vida terrena y ultraterrena es Fernando el Católico en tal canción un titán, y por gozar, después

¹ Autor también de *Discursos históricos de Antequera*, obra muy importante para la historia de la poética andaluza; su biografía en F. Rodríguez Marín, *Pedro Espinosa: Estudio biográfico, bibliográfico y crítico*, págs. 62-65, Madrid, 1907; el papel prominente de Tejada en la escuela poética de Antequera, id., págs. 370 y ss.

de la visión de Dios —por ser de virtudes su vida en este mundo, así como por infundir las perfecciones más supremas a sus sucesores desde la otra vida—, es igualmente un bienaventurado. En la utilización de los datos históricos que en tal poema se enumeran, de los símbolos y de las alusiones concretas se provoca su ser trascendente; en sus esquemas y expresiones sublimadas se exagera su culterianismo; y en la armonía, por último, que en las estancias se da a todos los elementos y recursos compositivos, paganos y cristianos, estriba su singularidad, por la que es muy difícil hallar pareja al mismo en la producción poética española de la época del Postrenacimiento y del Prebarroco.

Con respecto a la metafísica poemática de su tiempo —que entre nosotros puede ser la de Herrera—, la originalidad de Tejada en la obra a que nos referimos consiste en percibir la unidad de ambos tipos sublimes, pagano el uno y cristiano el otro, y no hacerlos formalmente incompatibles. Dicha unidad la ha mantenido sin alteración ni violencia en el poema todo, aun haciéndola señalar en las dos partes distintas que en él existen, a saber: la de la participación y atribución personal y directa de Fernando el Católico durante su vida terrena en los hechos históricos que consigna, todos los cuales ocurrieron durante su reinado, y la de la intervención tutelar e idealizante del mismo, durante su vida ultraterrena, en la política que

atribuye y asigna a sus sucesores. Arcaizante y relacionado con la literatura de la Baja Edad Media sobre la vida de ultratumba cuyos misterios espantosos y pormenores ella desmenuzó, en un elemental plano de influencia, este poema puede parecerse emparentado. Mas, a poco de reparar sobre los esquemas que en él figuran, podemos ver que el mismo es producto del prurito de su tiempo —el del Bajo Renacimiento español—, de dejar en su punto la cuestión de la armonía y discrepancias, cuando éstas afectan a la Historia española, entre lo profano y lo sagrado de ella, si ambos factores han contribuido a integrarla. Tejada en tal canción se sirve de recursos teológicos y teogónicos, pero a cada uno de ellos asigna su exacto valor y alcance. El titán y el bienaventurado no son irreconciliables, si el destino histórico de un pueblo, como el español, no puede escrutarse porque Dios vela y, en último lugar, salva al mismo. Pero el agonalismo y la aretología son opuestos y lo pagano se subsume siempre a lo cristiano. Por eso el poema se supedita a un esquema rígido de las virtudes escolásticas, conforme éstas pueden hacer bienaventurado al hombre y según de él logran el tipo hagiológico más incipiente; por cuya razón, igualmente, en número y trascendencia se le subordina cualquier otro esquema, como el de titán, que se extrae de la mitología pagana. Técnica-mente es este un fenómeno, el más importante, del poema y la forma en que se resuelve nos revela su singularidad, en los más distintos órdenes en que considerársele pueda.

No sólo antagonismos y contrastes, sino dualismos en continuidad —vida terrena y ultraterrena, luchas y gracias, y dones y virtudes que entre sí se complementaran por una identificación recíproca—, como elementos de trascendentalidad óptica, los conjuga Tejada en tal canción, siguiendo la técnica literaria —excelentemente representada por Góngora y, sobre todo, por Gracián en su tiempo—, de inducirlos en su composición, aunque no de expresarlos de manera directa en la obra, la cual, debe mejor ocultarlos. Por tales hechos históricos reales se expresan, como decimos, la sucesión de los valores ideales de un esquema, y, las gracias —dones de la Providencia a Fernando el Católico—, se sistematizan por grupos de dos estancias en torno al esquema hagiológico de las cuatro virtudes cardinales —templanza, fortaleza, justicia y prudencia, en dicha prelación porque se trata de un bienaventurado—, cuando el poeta se refiere a los beneficios políticos de dilatación, de acatamiento, de recuperación y de superación, aportados a España por el aragonés durante su vida terrena, mediante la evangelización de América y el alumbramiento a la civilización del Atlántico; por la pacificación en él del mundo y la supremacía suya toda; mediante la reconquista de Granada y la expulsión de los árabes del suelo español; como, finalmente, por haber instaurado la Inquisición y elegir a Isabel de Castilla, cual única compañera suya, semejante a él y digna de participar la dicha de gloria tanta.

En la vida suprerterrena de ellas, bajo la forma de fe, de esperanza y de caridad española, tales gracias o virtudes de bienaventurado y teologales, únicas, de Fernando el Católico, se hicieron patentes en las empresas de sus sucesores —de confesión, de satisfacción, aunque penosa, y de tolerancia, aunque dañina— que, mediante pares de estancias, asimismo continúa relatando en el poema, al subrayar la presencia del monarca aragonés, desde la otra vida, en aquellos actos históricos, por los que los españoles prevalecieron, contra sus enemigos lejanos armados, como los infieles y los herejes, en Lepanto y la Invencible; contra los enemigos políticos más próximos y fronterizos, como aquellos envidiosos de los países extraños, los aliados de los turcos, propulsores del protestantismo político y los judaizantes; y, por último, contra los enemigos internos, españoles mismos, procaces, indolentes y regateadores de su gloria. No queremos cargar nuestra investigación de digresiones secundarias. Empero metodológicamente considerado el poema, cuanto se refiere a la estimación traslativa y sublimada —como a bienaventurado— de Fernando el Católico, reconocemos con respecto a la introducción en él del esquema escolástico de las siete virtudes que, con anterioridad a Tejada, por igual medio, Gonzalo de Illescas glorificó a nuestro gobernante y político. La novedad de Tejada sobre el particular consiste en haberla expresado conforme a la doble polaridad activa, de esfuerzo y triunfo

en las virtudes cardinales, y pasiva, de gloria y trascendencia en las virtudes teologales¹. Pero ello se relaciona más directamente con el carácter agonal de otros elementos que, de forma muy sistemática y rígida, figuran en el poema.

En luchas suyas contra la idolatría, contra la incuria, contra la miseria, contra la amenaza, contra la tiranía, contra la hipocresía, contra la herejía y contra la anulación, mientras vivió en este mundo, transcurrió la política de Fernando el Católico y, como titán que con ellas se enfrentó venciénolas, lo dibuja Tejada en la primera parte de su poema. Los conceptos correlativos de gozo, satisfacción, reconocimiento, acatamiento, firmeza, entereza, habilidad y acierto que, cuales triunfos de aquellas luchas, en el poema se reflejan por el tono victorioso en que sucesivamente nos van dibujando a Fernando el Católico, ciertamente, son los extremos ideales de las virtudes cardinales, a las que se asigna un contenido histórico y se las da una significación trascendente. La historificación de estas luchas y su alcance agonal, por otra parte, en cuanto a Fernando el Católico se concibe como titán, se igualan y

1. La decisión de Tejada al resolverse por una estimación aretelógica en su diseño del bienaventurado implica una posición personal con respecto a la patristica y la escolástica, cuyos precedentes generales pueden estudiarse en A. Gardeil, *Les dons du Saint-Esprit dans les saints dominicains*, Paris, 1903, y en el art. *Béatitudes Evangéliques*, del mismo autor en Vacant, *Dictionnaire de Théologie Catholique*, tom. II, Paris 1910; muy española, por otro lado, se nos antoja la actitud de Tejada, si se la analiza en relación con nuestras doctrinas sobre la bienaventuranza en M. Siuri, *Theologia Scholastico Positiva de Novissimis*, págs. 710 y ss., Valencia, 1707.

se ordenan de manera matemática y absoluta con los episodios que entre los titanes se suceden, hasta que lo posible, lo previsible y lo que mira al futuro se introduce en el mito familiar de los mismos que nos dejó trazado Hesiodo¹. En la parte del poema donde Tejada consigna las luchas contra la envidia, contra la perversidad, contra la soberbia, contra la maldad concertada, contra la apatía y contra la infamación, Fernando el Católico, que desde el otro mundo vela por sus sucesores españoles, se iguala también con los titanes mismos, que ya en su existencia vigilante prevalecen aún, entre la intranquilidad y el peligro, entre la amenaza y la debilidad, y, finalmente, entre el vencimiento y el olvido, límites negativos, a su vez, de las virtudes teologales. Así son activos y pasivos los extremos que en los esfuerzos y triunfos, y en la gloria y la eficiencia limitan ordenadamente a las virtudes escolásticas. Por cuya razón, también al sistema de éstas, según el orden en que las hemos expuesto, se subordinan las determinantes agonales que, como a titán, Tejada asignó a Fernando el Católico en relación continuada, conforme pueden sustraerse del mito hesiodiano. Santos y titanes, a la vez, representados en sucesión de escenas, y entre ellos, fueron algunos héroes de Rubens, único coetáneo de Tejada —con

1. Los más recientes problemas críticos sobre la técnica representativa y poética de este autor, en L. Petersen, *Zur Geschichte des Personifikation in griechischer Dichtung und bildender Kunst*, págs. 8-15 y 75, ss. Würzburg-Anmühle, 1939.

excusa a la fama, naturalmente— que, a la vida terrena y ultraterrena de Fernando el Católico seriada en este poema, hubiera podido relatar con grandeza pictórica como cantó la de Luis XIII de Francia. Pero jamás un esquema pagano obtenido por igualación artificiosa entre lo histórico y lo mítico se subsumió más regularmente a otro esquema cristiano de valoración hagiológica rígida; y este fenómeno español de miras políticas y de exaltación de Fernando el Católico se nos aparece como único en nuestra literatura y como sintomático en la historia de las estimaciones del monarca aragonés¹.

La posibilidad de que fueran varones seis titanes, hembras otros seis, y, Urano y Gea los padres de ellos —en total, catorce miembros de genealogía copiosa—, confirma aún más aquella duplicación de efectos y beneficios de las virtudes que al poema hemos atribuido, ya que en él es irregular la entrada en escena de los miembros referidos, según van apareciendo éstos en su mito familiar preolímpico. Más simple con respecto a la representación agonal y paulina del cristiano, que como hombre armado contra los enemigos de su fe, su cuerpo se adornó de coraza, de calzas, de escudo, de casco y de espada (Ephes. 6, 10-17), esta misma representación en cinco partes distin-

1. Por otra parte, no deja de ser característico de la poesía épica española más remota y como consecuencia de su nota de historicidad la viva presencia de Fernán González en los grandes hechos de los cristianos y de los españoles, acaecidos con posterioridad a su muerte, según señala R. Menéndez Pidal, *La Epopeya Castellana a través de la Literatura Española*, pág. 46, Buenos Aires, 1945.

tas del cuerpo humano pudo tenerla en cuenta Gracián si, al igual que Tejada, de una imagen agonal y combativa quiso servirse para idealizar por una aretelogía quintuple, acorde con ellas, a Fernando el Católico, su héroe, y no titán ni bienaventurado. Sabemos, empero, que fueron humanos tan sólo los objetivos perseguidos por Gracián en su barroca tipología del monarca aragonés, y, por eso, cual renacentista, aislada en su género y única, tenemos la de Tejada. Los paralelismos, por tanto, entre ambos autores, Tejada y Gracián, cuando los establecemos, sólo pueden ser entendidos como coincidencias de un mismo prurito de exaltación en dos escritores, ya distanciados en tiempos, medios y aporética, que se ocupan de Fernando el Católico. Sin violencias, pues, a la ortodoxia este poema es ejemplo español de síntesis de lo pagano y lo cristiano por un formalismo estético ambivalente, el más ansiado de conseguirse durante el Renacimiento y que, de manera tímida, inauguró el humanista, hoy poco conocido, Juan Calderia o Caldiera¹. También por la igualación de los tipos políticos —hagiológico y mítico—, centrados en torno de una personalidad española, y por lo histórico y lo ingenioso en sus grados más altos que armonizarse pueden, sin violencia se logra entonces una identificación de

1. Veneciano de origen, fallecido en 1474. "*Concordantiae poetarum, philosophorum et theologorum, J. Calderia physico authore, opus vere aureum, quod nunc primum in lucem prodit ex antiquo exemplari authoris*", Venecia 1547.

ellos en forma sencilla y pura, alejada de la altisonancia y la confusión con que este orden de empeños se ha intentado en épocas posteriores, y, muy especialmente, en los tiempos nuestros, con Fernando el Católico y con otros personajes de la Historia Política¹.

Limitada entre dos esquemas tan rígidos la personalidad política del monarca aragonés, la libertad expresiva y poética en la obra de Tejada —su fantasía representativa—, como es de suponer, no se reduce a la mera elección radical de nombres, epítetos e imágenes. Su crítica poética radica en éstas y su simbología se trasluce por aquéllos. Con respecto a nosotros y, en dicho sentido, es sorprendente la modernidad poética de Tejada. Desde tal punto de vista de la libertad de sus símbolos, el poema es justamente la comparación prolongada en la que no se nos da otra cosa que su segundo término; esto es, su sistema de metáforas continuadas, preconizado por las escuelas simbolistas de todos los tiempos. No sólo la naturaleza —terrena y ultraterrena—, sino la Historia —de Fernando el Católico y sus sucesores—, se convierten en el poema, por tal libertad, en la prescrita “forêt de symboles”. Los símbolos mismos se hacen intemporales y la Historia se trueca supratemporal. La poesía es medio de emoción y no de co-

1. Cual ejemplo el más señero para nuestros días, en tal orden de concesiones, se nos ocurre mostrar la valoración moderna de Richelieu, según una aporética barroca de su biografía, en J-E Fidaó Justiniani, *Richelieu, Précepteur de la Nation Française*, Paris, 1936.

nocimiento. Por eso es simbólica y no es conceptista la canción. Así apreciado el poema se notan existir en él la progresiva concentración íntima del sujeto poético, la estática percepción del mundo por la que éste sólo es medio hacia el fin poético, y el acrecentamiento, en dicho orden, de la sensibilidad, mediante la cual se logra una lacónica y casi sintética representación de los términos expresivos; factores que hacen diferenciarlo del conceptismo, que es lenguaje, ante todo, con “densificación en el conjunto e intensificación del pormenor”. Las horas del día, los vientos, las piedras preciosas, las plantas en sus otros poemas que hoy se hallan publicados, han sido tratados con minuciosidad y delectación proustianas. Sobre ellos, éste los supera. De acuerdo con dicha diferencia y ateniéndose a la comparación del mismo con otras obras del propio Tejada, el poema que nos ocupa, dedicado a Fernando el Católico, puede considerarse de su madurez poética, y coetáneo a las primicias culteranistas de Góngora.

De menor cuantía existen otras libertades en el poema. Las personificaciones de cosas y la despersonificación de los hombres se suceden sin regularidad. El carácter mundanal y geográfico, y la esencia ultraterrena que sucesivamente da a sus imágenes, por otro lado, subrayan más las dos partes —terrena y supramundanal o de mérito directo y de beneficio trascendente— en que lo consideramos dividido. Por lo demás, es académica y normal la referida can-

ción, que cuenta con una estancia inicial, preparatoria o introductiva del poema, que es sentimental y gloriosa fundamentalmente; y con un “retornelo” final, remate o vuelta en la que, tras completar su tesis aretelógica y numérica —de contenido y de forma—, el poeta habla con su propia canción y la recrimina y la alienta. Es sólo un atrevimiento culteranista el citar en el mismo al arqueólogo piamontés, político enigmático y colaborador de los Borbones franceses primeros, Carlos Pascuali —“Pascualius” en latín, “Paschal” en francés y “Pascasio” o “Pascaro” en el poema—, coetáneo suyo, autor de un tratado completo sobre las coronas antiguas, sus variedades, confección y empleo, estudio en su tiempo el más autorizado. En torno, sin embargo, de esta simple alusión erudita, el poema todo, desde el punto de vista de su unidad simbólica nos es permitido considerarlo como una corona triunfal. La más grandiosa que se pudiera hacer de elogios en honor de Fernando el Católico, ordenados éstos por las flores de las virtudes, según el orden en que ellas califican al bienaventurado, y según el esquema en que luchando por las mismas se nos determina el titán.

Sin hacer, pues, positivismo, pero sin renunciar a la erudición —para la cual esta última sugerencia es alentadora— y cuya naturaleza de conocimiento igualitario y relacional, de materias afines o entre sí unidas por un objetivo común, integra la base formativa de las Ciencias del

Espíritu, dentro del método de éstas, deseamos llevar a cabo nuestro estudio de análisis e interpretación del poema de Tejada; haciendo, a la vez, una exégesis de él que no rompa su unidad y que nos permita ilustrarla con el propio texto de la canción, en la actualidad muy poco reproducido. La obra de arte cuando es consumada y unitaria, como la que nos ocupa, también es síntesis y ésta, sin perjuicio mismo de su unidad, no puede ser afectada o subsumida, ni a la aclaración, ni a la interpretación, ni al análisis mucho menos cual suele supeditarla la crítica positivista. Por muy importante que sea la explicación del artificio —tal es nuestro parecer—, éste no puede prevalecer jamás, aunque se haga ciencia de él, sobre la obra de arte propiamente tal. La “abundancia en la expresión”, por tanto, será frecuente en nuestro estilo; no encuentra aquí una opción más concisa nuestro desentrañamiento del poema. Al fin y al cabo la naturaleza del estilo en los trabajos científicos viene dada por el propio objeto de los mismos. La reproducción del poema se publica siguiendo su lección del erudito Bartolomé J. Gallardo, por primera vez dada a la luz en 1863, merced al celo de los historiadores de nuestra literatura, R. Zarco del Valle y J. Sancho Rayón¹. Algún verso de la estancia 4.^a y muchos de los nombres propios que en ella figuran, son objeto de simples enmiendas.

1. B. J. Gallardo, *Ensayo de una Biblioteca Española de libros raros y curiosos*, tom. I, cols. 1077-1081, Madrid, 1863.

Con respecto a la totalidad del poema, tan simbólico en su contextura y detalles, su estancia introductoria es fundamentalmente simbolizante y emotiva:

“Al tùmulo dichoso que os encierra
Marte fiel, católica Belona,
al turco espanto, y al cristiano gloria,
esparza flores la española tierra.
Y cerque en torno con triunfal corona,
que resucite en algo tal memoria,
de las tinieblas lóbregas victoria
alcanzando: la llama
cuanto da el aromático sabeo
convierta en humo, y cuanto el navateo
güele en licor, en flor, en hoja, en rama;
que vencido el incienso
de la mirra y el bálsamo y amomo,
en vuestras aras arda el rico censo
de la acasia y el nardo y cinamomo,
y de cuanto la Fénix se adjudica
de ricos pastos de la Arabia rica.”

(Estancia 1)

Según se transpira, porque más que plástico es aromático y de glorificación el homenaje que de los españoles se solicita, resulta ser arrebatadora la actitud del poeta con respecto a la canción, su obra, que aspira a una consagra-

ción perenne, expansiva y subyugante del objeto que la mueve. Tal actitud poética, junto a un sepulcro, no es romántica porque ella sería desesperada y grandilocuente, aunque es musical; ni barroca, porque reclamaría ser triste, aflictiva y colorista, aunque es pictórica; sino renacentista porque es fundamentalmente específica de los sentidos de la sublimidad, que tanto ponderaron los escritores políticos del tiempo de Felipe II. En la forma más colosal y tributaria de las tierras españolas que le hubiera podido sugerir la superación de aquel orden primero y más glorioso de coronas que describiera Pasquali, la corona triunfal que en torno al túmulo de los Reyes Católicos —que es espanto para el turco y para el cristiano gloria y que es dichoso en sí propio por encerrar a quienes se remontan al cielo mismo, “tanto monta, monta tanto”—, quiere verla rendida Tejada; y la desea fabricada, también, de flores, a fin de que, hecho memoria viva tal tributo, alcance la victoria excelsa sobre la poco alegre y oscura —“tinieblas lóbregas”— reputación, que sobre dichos gobernantes pesaba. Muy entendido en farmacopea y botánica exótica es Tejada y ya en esta estancia primera nos deja prueba de ello, utilizando tales conocimientos en el análisis que hace de la reputación y de sus formas españolas.

Humo, perfume el más selecto, gloria, produzcan el ya aromático y selecto sabeo y el más depurado navateo, empleado éste en todas sus especies de flor, de hoja y de

rama. Por reduplicación insiste Tejada en la conveniencia de tal glorificación y quiere que el incienso, sinónimo de la lisonja, se vea vencido por el fuego de la mirra, del bálsamo y del amomo, todas plantas aromáticas de la más pura calidad; y por el fuego del censo rico o armazón mismo de la corona triunfal así tributada, hecho de los olorosos pastos de la Arabia que se adjudica el ave fénix —la encarnación—, para arder, esto es, para vivir de nuevo; y de cinamomo, nardo y acacia, plantas perfumadas, a la vez que medicinales, curativas, flexibles y resistentes en sus tallos y ramas¹. Muchos y muy conocidos censos subsistieron en Granada entre los instituidos por los Reyes Católicos, en beneficio de las fundaciones por éstos establecidas. Aquí, sin embargo, los tenemos recordados a través de la devoción del Rosario, donde este término se hizo frecuente por igualársele en su origen con las coronas medievales de rosas. Desde tal punto de vista el poema es un rosario de alabanzas —forma también de la reputa-

1. "Ut nihil in rebus perfectius esse corona
Constat, sic vos haec vocés supereminet omnes,
Eximio cultu, magnoque ac divite censu".

Así se expresa C. Pasquali, en el *Argumentum*, y en sus primeros versos, que influye en Tejada, de su obra por primera vez editada en París, 1610, y titulada más tarde *Coronae, opus X, libris distinctum, quibus res omnis coronaria e prisconum eruit et collecta monumentis continetur*, Leyden, 1671, de que tomamos la referencia; también págs. 234-236; el humanista calabrés Antonio Telesio (†, 1534), puede ser tenido por su predecesor con la obra *De coronis apud antiquos*, Roma, 1525; por último, un índice del conocimiento sobre plantas y flores en nuestra poesía barroca puede apreciarse en J. M. Blecua, *Las Flores en la Poesía Española*, Madrid, 1944.

ción— en sus quince estancias; tantas, como suman reunidos los misterios gozosos, dolorosos y gloriosos de la referida devoción mariana, más extendida en España con posterioridad a Lepanto, y cuya literatura explicativa se incrementó notablemente bajo el reinado de Felipe III. Como colaboradora de Marte, título que con el apelativo de fiel da a Fernando el Católico, y jugando con las últimas letras del nombre, que fué Belisa en otros poetas, llama católica Belona a Isabel de Castilla porque, al igual que aquella diosa romana de la guerra, a la que rendían tributo en el Campo de Marte los guerreros victoriosos y los embajadores de países sometidos, pasa a un segundo término en el desarrollo de la canción, como en un plano de la realidad histórica, andrógena y guerrera de su tiempo ella lo estuvo, al sentir del poeta, con respecto al aragonés. Tan renacentista esta actitud de Tejada, que plásticamente nos permite igualar su obra con aquellas coronas sepulcrales de Donatello, a continuación, las flores que la integran son las virtudes cristianas; cuya falta debió notar el poeta en el sarcófago granadino, labrado por Domenico de Alexandre, y cuya presencia en la estatuaria napolitana, con mucha profusión y variedad, y sin semejanza en su género, para los sepulcros de angevinos y aragoneses, predecesores de Fernando el Católico, se había prodigado, viéndose repetida, con menos razón, y por influencia de dicha estatuaria, en la tum-

ba parigual de sus hijos, Felipe el Hermoso y Juana la Loca¹.

Tras la referida estancia exordial empieza el cuerpo del poema, que es una corona de virtudes, tan recubiertas ellas de significaciones trascendidas, de hechos históricos, de imágenes agonales y de formalismos cerrados, como hemos expresado, que alcanzan, incluso, a la última estancia de la canción. Dicha estancia postrera por trazarse dentro de los referidos supuestos es, además, remate y fin de tal esquema, distribuido en número perfecto, según son notorios en las flores su perfume y gracia, y, su sustancia y beneficio o utilidad.

La evangelización de América es el motivo histórico que primeramente trata y, desde su paralelismo mítico, tal empresa se iguala con el primer episodio hesiodiano de la lucha de los titanes; según el cual los hecatonquiros —“centimanos” del mismo mito latinizado, con cuya representación plástica de sus brazos y actitud el poeta juega—, con gozo de todos, fueron arrojados al Tártaro por Urano, padre de los titanes, como Fernando el Católico fué el fundador de la nueva dinastía de monarcas españoles, grandes y sublimes, superadores de todos los pasados. Agonalmente el gozo perdura en el triunfo y, cual gracia de la virtud humana de templanza, en tal sentido inspira a

1. A. de Rinaldis, *Naples Angevine*, págs. 107 y ss., París, 1927, y A. Gallego y Burin, *La Capilla Real de Granada*, págs. 70 y ss., Granada, 1931.

la estancia que, por otro aspecto —el de las antinomias geográficas y religiosas con que está construída—, es sumamente conceptista. Aplicada en un inmediato plano la antinomia de levantar y derribar, primero, a la idolatría solar de los americanos que, como a los centimanos, los recuerda por la muchedumbre de ellos a que alude y que fueron derribados por la sola diestra de Fernando el Católico, la misma antinomia la aplica, después, a los derribados y desconocidos, hasta entonces, adoradores americanos, a los que levanta para hacer lucir a nuevos distritos de la tierra, con el oro de su fe nueva, al cielo del Evangelio. nuevo también para ellos. La imagen sucedánea de los torsos sin brazos —los destrozados bultos de cuerpos humanos, por ser sacrificados tales miembros en los ofensivos, torpes y sanguíneos ritos de los indígenas—, la agota Tejada literariamente, para contraponerla la idea de la sujeción de los americanos a Dios —rector del sacro coro de los elegidos que está a su diestra—; puesto que, por obra de Fernando el Católico, los hombres del Nuevo Mundo, dispuestos a ser redimidos, enarbolan la bandera de Cristo en sus manos, que las recuperan por la fe, al suprimirse el rito de cortárselas. Otros contrastes como los pies de Fernando el Católico y los antípodas, el Nuevo Mundo que está en otro hemisferio, el polo contrario y la bola terráquea que se contraponen en la estancia, para indicar que los hombres hasta entonces no conocidos —“antípodas

ocultos”—, por estar en la parte opuesta del globo terráqueo y en fe opuesta a la cristiana, desde el polo contrario a ésta, que era su idolatría, vieron la aparición del sol, “lux oriens” salvadora, cuando la nubecilla cándida de la fe, la Iglesia, adornada con santos brillantes y hermosos, empezaba a palidecer y ocultarse en Occidente por la aparición de los primeros protestantes. El manejo de tales contrastes y antinomias hacen sumamente simbólica, a más de conceptista, la estancia, en la que con prurito de singularización histórica y de especificación misional, mediante contundentes apelativos se dirige así a Fernando el Católico:

“Tú, capitán de Cristo, raro y solo,
con diestra victoriosa y levantada
derribaste los brazos levantados
de los que miran del contrario polo
la nubecilla cándida erizada
con luceros hermosos y dorados.
Ante tus pies se vieron derribados
antípodas ocultos,
y viste por los no surcados mares
hirviendo en sangre bárbaros altares,
de humanos cuerpos destrozados bultos.
Viste nuevos distritos
luciendo al nuevo cielo con nuevo oro,

y las ofensas de sus torpes ritos
sujetaste al rector del sacro coro,
pues que por ti en la vuelta nueva bola
la bandera de Cristo se enarbola”.

(*Estancia 2*)

Al episodio del aherrojamiento al Tártaro de los centimanos sucede en el mito preolímpico de los titanes la inhibición del lascivo Océano de seguir el consejo beneficioso de Gea para deponer al cruel Urano. Tal espíritu utilitario y semejante imagen simple los retiene Tejada, para mostrar en la estancia siguiente cómo Fernando el Católico, con satisfacción y con beneficio, que fué templanza en él, bienaventurado cual hombre, además, venció al Océano mismo, monstruo en su barbarie por su irreductibilidad, temido, misterioso, falsamente recatado e inmenso. Este último aspecto lo subraya Tejada al describir la suerte que corrió el cuerpo de tal monstruo, habiéndose ocupado previamente de poner al descubierto la falsa castidad del mismo, porque su misterio fué rasgado por su parte más vergonzante, como a falda de vil mujerzuela, a quien los antiguos castigaran con dicha pena de degradación si se hacía pasar por honesta. Juega Tejada con el adjetivo undoso y con la imagen de ola, aplicando el primero al sustantivo de barba, que es sinónimo de césped y aludiendo a la segunda, suscitando un equívoco, con la palabra ca-

bello. Desnudar y cubrir es ahora la antimonia poética y la da a ella toda un tono de falso recato, refiriendo que Océano se ve turbado al atardecer, cuando el sol al transponerse dora de luz a las olas rizadas y blancas como cabello cano y, al amanecer, cuando aparece la aurora, que igualmente dora al césped undoso y lo moja y baña con el primer rocío. Anciano, generalmente, se imaginó la mitología al padre de los mares, y con sienes blancas se lo representó la pintura, la plástica y la literatura barrocas¹. Ahora, se lo representa turbado, tan sólo, al consignar Tejada que, en tales momentos del día, "horae luxuriae", en que el recato debe ser más sincero, por obra de Fernando el Católico, su falda honda y azul se sintió rasgada por las fecundantes proas de las naves del mismo, adornadas con coronas por ser de rey; las cuales proas, como arados, hicieron surcos prometedores de cosecha sobre su superficie o espalda, tan escamosa ésta o cubierta de celos, como había sido exenta o desnuda, hasta entonces, de lienzos o velas de naves que la cubrieran. Todas estas imágenes las superpone Tejada. Sin nuevas paradojas ni antimonias termina el poeta su estancia y completa, por otro lado, las imágenes ya sentadas. Como de árboles, habla de

1. W. Waetzoldt, *Okeanos. Bemerkung zur Geschichte der Meeresmalerei*, publicado en *Neue Beiträge Deutscher Forschung*, Homenaje a W. Worringer, págs. 224-235, Königsberg, 1943; y Fr. Juan B. Aguilar, *Tercera Parte del Theatro de los Dioses de la gentilidad*, págs. 1 y ss., Madrid, 1738; la temática marítima de nuestro barroco en J. M. Blecua, *El Mar en la Poesía Española*, pág. 25 y ss., Madrid, 1945; la infamación cortando las faldas es conocida en nuestro romancero, como sobrevivencia germánica de la pena de adulterio, según R. Menéndez Pidal, *Epopeya Castellana*, p. 29.

sembrar mástiles y de que el Océano, por ser Fernando el Católico quien le derrota, ofrece alegre su cuerpo a España para que las naos de ésta ocupen sus canales o rutas marinas, y porque sus blancas sienas se vean llenas de las antenas de aquéllas en vez de las conchas y corales que, salvaje, le adornaran. Su cuerpo, por último, se lo entrega a fin de que el seno hinchado del mismo se vea rico y lleno de tantos despojos bárbaros como le habían cubierto, hasta que Fernando el Católico se los cambió, alumbrándolo a la civilización y a la cultura¹, término plástico éste a que viene a parar lógicamente la referida imagen. Fué ello acto de templanza de Fernando el Católico que le produjo satisfacción plena. Al hacerlo insondable —“conocido sí, abarcado no”—, con el Océano mismo Gracián igualó a Fernando el Católico; su actitud, por tanto, en relación con la de Tejada no puede ser más opuesta, si en ambos se comparan la intención y los móviles del símbolo:

“Por ti la exenta y escamosa espalda
 del padre de los mares Oceano
 sulcos sintió de coronada prora,
 que arando su cerúlea y honda falda
 vido turbado su cabello cano
 que el sol al trasponerse de luz dora;

1. Sobre tal significado concreto de dicha palabra en el barroco europeo, J. Niedermann, *Kultur, Werden und Wandlungen der Begriffe und seiner Ersatz begriffe von Cicero bis Herder*, Bibl. del Archivium Romanum, vol., 28, págs. 103 y ss., Florencia, 1941.

y entre la undosa barba que la aurora,
cuando al mundo aparece,
con el primer rocío moja y baña,
verá sembrados mástiles de España
a quien ya alegre el cuerpo inmenso ofrece,
porque de tus antenas,
en lugar de las conchas y corales,
quiere traer las blancas sienes llenas
y que tus naos ocupen sus canales;
porque se vea su hinchado seno
de bárbaros despojos rico y lleno”.

(Estancia 3)

A las flores de superación y de mejora, para el cristianismo en la evangelización de América, y para la humanidad con el alumbramiento a la civilización del Atlántico, que fueron frutos de la templanza de Fernando el Católico, siguen en su corona de elogios las flores de la fortaleza, que históricamente se representan por la consagración y por la prevalencia del aragonés en el universo y entre sus rivales. Con respecto a la consagración universal del monarca español la refleja Tejada como una contribución de los dominios de su Imperio a su investidura triunfal; y, por eso quien, como otro Pascalio con su pluma más vistosa, desee describir el tributo que los dominios propios integraron y ofrecieron en torno y honor de Fernando el

Católico, de igual manera que imitando la naturaleza lo describieron los antiguos, con espanto de éstos y libre de pequeñeces se ve, ahora, exento de hacerlo, porque la naturaleza misma que él desveló a los Tiempos Modernos le ofrece, además, el cuadro y el triunfo mayores de la Historia. Palmas, verdes, esmeraldas —éstas extraídas de Matuna, comarca situada al sur de Cartagena de Indias en Nueva Granada, que eran las más hermosas conocidas en los días de Tejada—, plata, nácar, ébanos y robles, a saber, las mismas riquezas con que se fabricara entre los antiguos el carro del triunfo, le tributan sus dominios a Fernando el Católico para su glorificación. Y él mismo, al reino de la aurora, como los héroes victoriosos en la apoteosis de su fortaleza al reino del tiempo, pone en su parte de Poniente un nuevo cinto —otro “non plus ultra” en América— y doma y sujeta cuanto quiere con su espada victoriosa. Su manto desea se le salpique de blanco y de negro —como a la púrpura de los reyes portugueses, únicos que con los descubrimientos ultramarinos se adornaron con pruebas de la universalidad de sus dominios—, de occidental y de oriental, de terreno y de marino, de permanente y perecedero, por último, mediante dos perfumes: el nardo, extraído de las flores blancas, producidas únicamente en Quitevé y nacidas de plantas, con rizomas inextinguibles, en lo más interior de Angola, la provincia portuguesa del Africa Occidental: y el ámbar negro, estomástico y excitante afrodi-

siaco, pescado en Mozambique, dominio portugués situado en el Africa Oriental. Semejante consagración única y universal de la fortaleza de Fernando el Católico, en el mito de los titanes, se corresponde con la investidura del mando y el poder, sobre todos ellos, de Cronos, dios del tiempo, que se llevó a cabo en medio de un universal beneplácito y de una general aportación, simbolizada en la hoz de diamantes que sus iguales y beneficiarios le otorgaron, por la que se le reconoció superioridad y dominio. Con todo ello es Tejada atrevido y se expresa lacónico:

“Por ti rindió sus palmas Nicaragua,
los Andes su estimada verde coca,
Matuna, esmeraldas, Potosí plata,
el mar del Sur las conchas de su agua,
la Habana sus ébanos revoca,
y con sus robles Guayacil te acata.
La pluma vistosísima desata
de varios tominejos
Pascalio, con que imita a la natura
en la varia y bellissima pintura,
espanto nuevo de pinceles viejos.
Y al reino de la aurora
un nuevo cinto del poniente diste,
domando con tu espada triunfadora
cuanto domar y sujetar quisiste,

para que a tu púrpura salpique
Quiteve el nardo, el ámbar Mozambique”.

(Estancia 4)*

Apenas simbolista, sino simbólico en sumo grado, es Tejada a continuación. Por la arena se refiere a Africa; por el Teide, de “altiva frente”, y por rendirseles sin lucha en cuanto vieron los cruzados estandartes de Fernando el Católico, alude a las Canarias, rodeadas y protegidas, además, con su brazo; por el Vesubio, singulariza a Nápoles; las áureas lises por él pisadas, denotan la prostración con que vejó a Francia, y las quinas arrogantes representan la sumisión de Portugal al aragonés. Entre la Naturaleza y la Política establece Tejada una graduación en las empresas históricas de Fernando el Católico, que fija en las cinco citadas y por eso las da el referido orden. Tal es su metafísica poética en la estancia, donde prosigue la exposición sobre la fortaleza política, expre-

* Por tí rindió sus palmas Nicaragua,
Los Andes su estimada verde coca,
Mantua esmeraldas, Potosí la plata,
El mar del Sur las conchas de su agua,
La Habana sus ébanos revoca,
Y con sus robles Guayacil te acata.
La pluma vistosisima desata
De varios tominejos
Pascaro, con que imita a la natura
En la varia y bellissima pintura,
Espanto nuevo de pinceles viejos.
Y al reino de la aurora
Un nuevo cinto del poniente diste,
Domando con tu espada triunfadora
Cuanto domar y sujetar quisiste,
Para que a tu real púrpura salpique
De nardo Quitte, ámbar Mozambique”.

Así reza la lección de Gallardo, obr. cit. col. 1078, sobre esta estancia, en la que nos hemos permitido introducir variaciones.

sada por una idea de acatamiento irresistible en todo cuanto intervino. Parece que el prurito simbólico de Tejada se hace más metafísico en aquello que expresa con más naturalidad. Desde el punto de vista de su relación con el mito hesiodiano tal acatamiento se iguala con el episodio, siguiente a la accesión al poder de Cronos, sobre el nacimiento de las Furias, que fueron abatidas y que le prestaron por ello su sumisión. Airados en todas sus formas —de crueldad, de altivez, de fogosidad, de fuerza y de arrogancia—, se muestran estos enemigos de Fernando el Católico a los que venció por otras tantas formas de su fortaleza, a saber: por la fuerza de sus armas, por su firmeza católica, por la entereza de su política, por su fortuna y por las “divinas águilas” —ya que viene hablando de heráldica, enseña de su estandarte para la unidad española, que con el águila de San Juan se empezó a adornar desde que reinó Fernando el Católico—, que inspiraron su misión en España, según en Patmos otra águila, también, inspiró al evangelista del amor inmarcesible. Escribe Tejada:

“De ti temblaron las tostadas partes
que pisó el africano pie desnudo,
y su arena se vió con sangre ahogada;
y en viendo tus cruzados estandartes,
Atlante, que tener el cielo pudo,
sufrir no pudo el filo de tu espada.

por verla de tal brazo rodeada,
rindió la altiva frente;
y la fogosa cumbre del Vesubio
humilló de su fuego el cerco rubio,
bajando al yugo la cerviz ardiente.
Y porque en todo pises
la rueda a la fortuna, postra Francia
las bellas flores de sus áureas lises
que desplegaba al viento la arrogancia;
y abatió ante tus águilas divinas
el Portugués sus arrogantes quinas”.

(Estancia 5)

De justicia en el mito de los titanes fué la firmeza de éstos en desterrar definitivamente a Urano, así como su entereza en liberar del Tártaro a sus hermanos los hecatonquiros, episodios ambos que se coronaron con la nueva reposición de Cronos en el imperio, que antes había sido suyo. Por tal igualación, en el poema que nos ocupa, dos estancias del mismo se dedican a la sola empresa del reinado de Fernando el Católico por la que se reconquistó a Granada; y en cada una de las estancias se reflejan actitudes tan continuadas y relacionadas entre sí, como los episodios referidos de los titanes, poniéndose en ellas de manifiesto las dos formas, conmutativa y distributiva, por las que se expresa y verifica la justicia. Como restitución debida a

España, por una parte, y, como reparación, por otra, contra los moros que, a un ser tan sobrenatural como Fernando el Católico, osaron oponérseles, trata el poeta residente en Granada la reconquista de esta ciudad y el desarrollo de su rendición.

Una doncella bellísima es Granada como en el romance de Abenámbar. Mancillada para regalo del moro, expuesta al furor de mil errores —los políticos, con tantas disensiones internas, con inteligencia con otros pueblos infieles y, los religiosos, sobre todos—, y desgranada de sus granates, esto es, no teniendo su ser de cristiana —el poeta la ve como fruto, además—, Fernando el Católico se decidió a cortarla del árbol moro; y a entregarla alegre a su diestra, la mano del gobierno perfecto, cual atributo plástico o mundo que lo consagrara rey completo y lo representara redentor y pantocrátor de una España ya no dividida. Fué ella la empresa que dió más lustre a su bandera porque fué venganza contra la tiranía y recuperación justa y estimada. La rendición misma dramatiza la justicia de tal empresa y la simboliza en su pormenor, mediante la representación poética del Genil. Es cierto que en la poesía arábigo-andaluza, tan emparentada aporéticamente con la barroca, fué tema frecuente la personificación de los ríos; quizás por influencia latente de ella, el poeta Luis Barahona de Soto, patriarca de la escuela antequerana, mostró personificado al río Comaro ofreciéndose a su reina Angélica. Más poli-

tica aún es la representación del Genil que ahora nos diseña Tejada, posterior también a la fábula pastoril sobre el mismo río que, otro antequerano, Pedro Espinosa¹ dió a la estampa el año 1605. El prurito de Tejada al singularizar en un elemento de la naturaleza al monstruo contra el cual dirige Fernando el Católico su empresa empeñada toda, conduce ahora al poeta, cuando describe como reparación la entrega de Granada, a igualar a Boabdil con el Genil personificado —si pensamos que hizo lo contrario con el Atlántico—; y las variaciones que siguiera el curso del río con los cambios de ánimo del vencido, al impulsarse por el descontento, de encrespase por la indignación, de suspirar y de violentarse en su último propósito, de vestirse de púrpura roja como de guerra, y de sacar el alfanje —“ganchoso cetro”—, hasta que convencido de la fe misma del aragonés, turbado, sin esperanzas, se zambulle entre las ondas y Boabdil se pierde entre los africanos. Las dos estancias, tan pictóricas cada una de ellas, la primera, dominada por lo femenino y lo arbóreo, y la otra, por lo

1. La reverencia de Espinosa por Tejada en F. Rodríguez Marín, *Pedro Espinosa*, pág. 211, nota 2; el texto y estudio de la “Fábula del Genil”, original de Espinosa, en F. Rodríguez Marín, *Obras de Pedro Espinosa, coleccionadas y anotadas*, págs. 25-32 y 380-385, Madrid, 1909; la común inspiración de ambos, en F. Rodríguez Marín, *Luis Barahona de Soto: Estudio bibliográfico y crítico*, Madrid, 1909; la afinidad apocrítica andaluza entre la poesía barroca y la arábiga española, D. Alonso, *Poesía arábigoandaluza y poesía gongorina*, publ. en *Ensayos sobre poesía española*, págs. 29-67, Madrid 1944; la personificación poética, en general, y sus comienzos occidentales, L. Petersen, *Obr. cit.*, págs. 63 y ss.; la personificación de los ríos en la poesía arábigoespañola, en E. García Gómez, *Poemas arábigoandaluces*, Madrid, 1930; la última y romántica personificación del Genil, en C. de T. M. *Los Contornos de Granada: Poema en dos cantos*, Granada, 1831.

masculino, el retrato y lo fluvial, se compenetran según decimos, se complementan, además, porque a Fernando el Católico se le presenta cual rey y como hombre, y, forman de consuno un cuadro expresionista de colores y de luces, conceptos éstos que origina la gama toda de epitetos respectivos, prevalentes en cada una de ellas. He aquí, pues, las dos flores de justicia que adornan en el poema su corona concatenada de virtudes:

“Mas lo que da más lustre a tus banderas,
Fernando, escudo firme de cristianos,
y sube tu inmortal renombre al cielo,
es el que sujetando gentes fieras,
vengaste del poder de los tiranos
la estimación del granadino suelo.
Gozaba el moro de su fresco velo
la blanca nieve y flores,
y estaba la bellísima Granada
de sus finos granates desgranada,
abierta al gran furor de mil errores.
Daba Genil su plata,
y Dauro granos bellos de oro fino
al almaizar que torpes brazos ata.
Mas cortándola tú del árbol moro,
alegre entriega a tu gloriosa diestra
plata, oro, nieve, flor la patria nuestra”.

“Vino el día triunfante, el día lleno
de gloria, en que Granada se te entrega,
y alzó Genil la coronada frente;
movió sus hojas Céfito sereno,
y el blando soplo entre sus flores juega,
las ondas encrespando a su corriente;
de claro vidrio la urna transparente
temblantes llamas daba,
y el resplandor del relumbrante electro
de luz enviste su ganchoso cetro;
y él de púrpura roja se adornaba,
en vez de la sombría
vestidura de musgo, ovas y cañas;
que la tiñó tu diestra valerosa
en sangre mora, humilde a tus hazañas,
y la luz viendo que en tu rostro bulle
turbado entre las ondas se zambulle”.

(Estancias 6 y 7)

Si así Tejada especifica las formas políticas y plásticas de la justicia en Fernando el Católico, el establecimiento de la Inquisición por el mismo, ejemplifica la prudencia política que se presenta en él, en primer lugar, como forma de divina inspiración. Con el mito de los titanes tal acto del monarca aragonés es correlativo al episodio de la nueva precipitación al Tártaro de los cíclopes, a los

que por su fuerza y maldad se semejan los herejes. Debido a esta estimación última, el Tribunal de la Inquisición merece ser subrayado por Tejada, en tanto que enfrena al vil, porque no otorga premios y únicamente condena. Prudencia pura se le llama a ésto en la política maquiavélica. En torno de Fernando el Católico al que se lo atribuye, cual gracia de inspiración del cielo santo a su pecho y como obra de su industria y arte, y de su celo infuso, en términos tan canónicos —“ecclesia abhorret a sanguine”—, nunca se le había celebrado su establecimiento. Sus otros elogios que son sucedáneos a tal estimación, por idénticos motivos en la literatura española no aparecen hasta Tejada. Alude éste al momento histórico de su instauración entre las guerras de Portugal y Granada, y a la naturaleza sagrada y rígida del mismo por su peculiaridad de poder penar con fuego, como las propias armas de guerra. Pero guerra para la prudencia, porque es de necesidad su justicia, el Tribunal de la Inquisición más que vencida, tiene muerta en España la herejía, siendo estímulo y balanza verdadera y divina de ecuanimidad. La repetición adverbial de epítetos en la estancia es recurso sin trascendencia conceptual:

“Mas entre los tumultos donde Marte
muestra el rigor y airado fuego aspira,
y entre el gobierno bélico penoso,

con celo infuso, con industria y arte
que el cielo santo al pecho tuyo inspira,
un Tribunal ordenas milagroso.
Fué para el cielo don alto y precioso;
porque en él la justicia
con tal rigor florece, y tan en punto,
que tiene al más hereje más difunto,
del bien espuela, freno de malicia,
porque en él Dios asiste
y sus ofensas venga justamente;
que en vano el malo a su poder resiste,
porque a Dios se resiste vanamente;
que ya que el premio no, miedo de pena
a un pecho vil el vil intento enfrena”.

(Estancia 8)

A la habilidad como gracia y flor de prudencia sigue en el poema la oportunidad, de la misma forma que en el mito que le sirve de armazón ordenadora, al aniquilamiento de los ciclopes sucede el matrimonio de Cronos con su hermana Rhea, la más igualada con él, y el mayor acierto que ambos titanes, hechos el uno para el otro, pudieron consumir. Con él iguala Tejada, al ponderar tal suerte de prudencia en Fernando de Aragón, la elección de esposa hecha por éste en Isabel de Castilla. Como tocante a la prudencia, ahora es dialéctica la construcción de la estancia y por eso, se monta toda en torno de

tres dudas —método teológico de suspensión y superación del juicio—, sobre la vida de Fernando el Católico, a saber: si tal elección fué gratificación a la virtud de dicha vida por las victorias que llegó a conocer; si fué premio a la estimación de ella por resplandecer el bienaventurado junto a una católica y divina gobernante como Isabel de Castilla y, finalmente, si fué nuevo adorno a su grandeza la compañía merecida de esta consorte, digna cual mujer de ser venerada en un templo, y que con su prudencia y virilidad hizo ilustre a nuestra Patria, a su potencia, y a su nombre, y eterno al siglo en que ellos vivieron, porque ambos fueron elegidos por Dios para realizar una común misión. De Juno y de Minerva, dice Tejada tomando partido, que fué ejemplo armónico Isabel de Castilla, y que por eso su valor, mixto de amor y de saber, no halló segundo; univocidad paradójica ésta, ya muy consagrada en la época para ponderarla, y que así figura en Gracián. Titán, a la vez que hombre, era Fernando el Católico y mereció compañía de mujer. La soledad fué vencida más allá de la vida misma, y se mantiene en la memoria de los hombres un bello recuerdo para esta compañera de su vida, asimismo consagrado en la Historia con el del propio Fernando el Católico, al cubrirlos en su sepulcro un mismo mármol. La referencia a éste en el lugar que lo consigna Tejada, que es como alusión al testimonio postrero dejado en el mundo por el hombre, nos induce

a señalar dicha estancia, cual la última de su poema en que se han cantado aquellos hechos que adornaron su vida en este mundo terreno, donde como mortal, el bienaventurado mismo, en la gama de sus perfecciones todas —gracias y beneficios—, vió realizadas las virtudes cardinales. Esta es la significación de la estancia en el poema y tal es su texto, que no tiene otra originalidad ni transcendencia que la locativa, sistemática y divisional que le hemos descubierto:

“Mas hay duda, de Oráculo bien dina,
 si tu virtud quedó gratificada
 con las victorias célebres que viste;
 o si Isabel, Católica y divina,
 fué el galardón con que quedó premiada
 la estimación con que resplandeciste;
 y que tal compañía mereciste
 por ser digna de templo
 tu inclita consorte, en quien el mundo
 honró un valor que no halló segundo,
 por ser de Juno y de Minerva ejemplo
 que te dió eterno lustre
 con su efecto viril, y tal prudencia,
 que eternizó tu siglo e hizo ilustre
 nuestra Patria, su nombre y su potencia,
 cuya reliquia, aunque difunta, bella,
 un propio mármol con la tuya sella”.

(Estancia 9)

En el mito de los titanes hemos indicado que, tras el matrimonio de Cronos, con respecto al destino y la vida de tales titanes se introduce la proyección hacia el futuro en la sucesión misma de los episodios, si éstos se aprecian en el orden cerrado de su concatenación. En el poema de Tejada, que matemáticamente se relaciona con dicho mito, y en el aspecto y sentido de tal orden, la selección histórica de los episodios en que se consignan las santas y providenciales inspiraciones de Fernando el Católico se hace en orden a las virtudes teologales de fe, de esperanza y de caridad. Por las cuales el bienaventurado esparce su gracia a sus devotos y seguidores, sin que la acción hacia el futuro de ellas se muestre incompatible con aquel misterio de proyección que caracteriza al mito. La teogonía y la teología en ambos casos de los titanes y el bienaventurado se hacen expectante y futuraria. Sólo la diferencia que existe entre estos tipos, profanos los unos y sagrado el otro, se percibe en el poema. Porque se hace glorioso y fecundo el misterio para el bienaventurado y para quienes su camino sigan bajo su amparo, y porque es demónico y consuntivo el misterio en el caso de los titanes, la diferencia de ambos la subraya Tejada al poner fin a tal paralelismo, ya que la duda entre sus propios glosadores de la época de Hesiodo, la convierte él en prevalencia a favor del bienaventurado Fernando el Católico, ciertamente remontado hasta el cielo. En torno a cada virtud, pues,

según su número concorde, continuamos apreciando los pares de estancias, mientras a cada una de ellas la relacionamos con su episodio mítico paralelo. Las que se refieren a la fe, en primer lugar, figuran en el orden de la corona florida de Tejada.

No otro imperio que, como el forzado Atlante sostuviera mayor poderío que el español y que fuera émulo de éste, al igual que el referido titán se atreviera a serlo de Fernando el Católico, queriendo derribar al suelo el cielo puro que fué el cristiano imperio español; empero ni el ejército organizado de los demonios, o lo que es lo mismo, de los infieles y herejes contra España levantados, podían prevalecer contra la obra del aragonés, porque ésta fué hija de la fe misma, pura y católica de un bienaventurado. Tal tesis, así compaginada, la desarrolla Tejada en las dos estancias sobre dicha virtud teologal con que, en su poema, abre su nueva estimación del aragonés como titán y santo, esto último en su vida ya de ultratumba. Los esfuerzos de Fernando el Católico los expone en la primera de ellas, donde Atlante aparece humillado y el aragonés en camino hacia el cielo, y hacia el santo trono que es eterno y por eso ultraja al tiempo y acaba con el olvido. La amenaza y la emulación de Fernando el Católico por Atlante, se corresponde en el mito preolímpico con la felicidad de Rhea y Cronos hasta el nacimiento de Zeus, cuya vida misma estuvo amenazada primeramente. El recurso

literario con que abre esta otra parte del poema le hace repetir adjetivos de muchedumbre y santidad para justificar la trasposición no terrena del mismo y la propia intervención de Atlánte, presentado éste cual émulo de Fernando el Católico. Ello representa una innovación para su época, pues en sentido contrario, que era el tradicional y, como de Atlánte mismo, pudo tener Gracián las espaldas de Fernando el Católico, a través de cuyas determinantes estéticas trazara la variedad de facultades de potencia, específicas de su política organizada y ejemplar: “¿Quis tot sustineat, quis tanta negotia solus?”

“Después que diste cima a triunfos tantos,
tantas hazañas y victorias tantas
y dejó el alma la corpórea roca
y al cielo encaminó sus pasos santos,
al santo trono de las gentes santas,
que al tiempo ultraja y al olvido apoca,
apenas tu alma el claro cielo toca,
cuando ya titubea;
y oprimido del grave peso, Atlante
al pecho humilla la cerviz pujante,
y gime en vano, y descansar desea,
porque la grave carga
de las victorias con que entraste al cielo
tanto lo oprime, lo sujeta y carga,

que dar quisiera con el cielo al suelo.
 si no fuera en tu espalda celebrada
 su máquina de nuevo sustentada”.

(Estancia 10)

Contra los demonios, contra los infieles y los herejes —“con medias lunas y encrespadas olas”, dice, como representándose las más amenazadoras ocasiones de Lepanto y la Invencible, en que los mismos se concertaron frente a España—, habían luchado los españoles y, Fernando el Católico en su vida de bienaventurado que gozaba, pudo ver la derrota de aquéllos. Es muy plástica de nuevo la representación de Tejada al llegar a este momento de su poema, cuya figuración se la facilita el episodio hesiodiano siguiente de la subversión, llena de peligros, aunque no de desastres, entre Tetis y Zeus contra Cronos y los tíjanes. La fe que es alegría en Fernando el Católico al ver que los suyos derrotan a tales enemigos es, a la vez, estrenuidad y aliento inmenso para los españoles que luchan contra ellos. La alusión a Flage-ton, río infernal hirviente, Pyriphlegeton, le sirve para indicar el grado de ardor que en sus empresas pusieron tales enemigos de España¹. Estos, en dichos encuentros no tuvieron más que muertos, y, a pesar de que en tales batallas pusieron otras suertes de embarca-

1. La leyenda sobre los bienaventurados y su descenso a los infiernos para luchar por los justos, durante la Edad Media, en J. Kroll, *Gott und Hölle, Der Mythos vom Descensus Ramfe*, págs. 126-182, Leipzig, 1922; en Tejada presenta notables contrastes.

ciones, como flámulas, gallardetes y gripolas —Tejada va a jugar con una paradoja—, Aquerón, la laguna o río por donde se iba a parar al mundo subterráneo, los recibió en una barquilla. La imagen, además, sirve a Tejada para subrayar la particularidad histórica de que fueran navales los dos más grandes encuentros bélicos sufridos por España durante los días de Felipe II, su tan celebrado monarca, en cuyo honor ya había escrito múltiples poesías. Es en esta estancia donde el poeta, de manera inequívoca, señala su concepción, como bienaventurado, de Fernando el Católico.

“A donde alegre en estrellado asiento,
gozando la visión santa y divina,
hollando por tapete sol y luna,
triunfante miras con aspecto atento
un confuso escuadrón que se avecina
con gran tropel a la infernal laguna.
Fué el escuadrón sujeto a tu fortuna,
y Flagetón hirviente
el murmullo aumentó de su agua negra
y comienza a exhalar espuma ardiente,
y Aquerón apercibe
con vista torba la infernal barquilla
a donde el negro ejército recibe,
habiendo puesto la hórrida cuadrilla

flámulas, gallardetes y gripolas
con medias lunas y encrespadas olas”.

(*Estancia 11*)

Por su resistencia y por su estrenuidad así Tejada tributa a Fernando el Católico las flores españolas de la fe. La esperanza por éste infundida a España, seguidamente es el objeto de su consideración en las dos sucesivas estancias. La titanomaquia fué incierta y amenazante con sus victorias diversas, pero acreedoras del poder de los rebeldes, y esta imagen la tiene presente Tejada al consignarnos en su poema la extendida confabulación contra España de toda suerte de enemigos próximos. Su consideración tan llena de simbolismos políticos, al uso entonces, la inicia con una ironía y con el equívoco de Aqueronte y Caronte. Ciertamente, viene a decir, venció España, pero venció también Caronte que al infierno se llevó tantos muertos. Por gracia de Fernando el Católico que con su vida dejó a sus sucesores el ejemplo, España reduce a una la canalla de tiranos, semejante a la granadina; de desaprensivos que se alían a los turcos, “olas erizadas de otomanos”, y de judaizantes, pueblo duro que se representa por su racional o túnica levítica, adornada de los mismos símbolos evangélicos con que solían encubrirse los luteranos, calvinistas y partidarios de otras sectas mal llamadas cristianas. Los combate, los vence y los da muerte —nuevo César— y, por

ello, Caronte se los lleva al infierno “el agua nunca visitada del sol”, levantando tinieblas de protesta, hasta allí, al surcarla. Los protestantes tan bárbaros como los africanos los italianos tan indolentes como los persas, los franceses tan irreligiosos como los turcos y los ingleses tan pérfidos como los escitas, según se los igualaba con más singularidad en la publicística de los días de Felipe III¹, a las circunstancias históricas y apremios de cuyo reinado, asimismo por él cantado, parece referirse Tejada en la estancia, sufren igualmente los efectos devastadores de las armas españolas. Es España la esperanza activa del mundo y por eso los sucesores de Fernando el Católico combaten contra los monstruos aliados del mal que eran estos vecinos europeos. Escribe Tejada:

“Con este triunfo el pálido barquero
embarca la canalla destrozada;
y sus vencidas armas arrastrando,
entrega al agua el remo triste y fiero,
al agua del sol nunca visitada,
tinieblas al rompella levantando.
Del agua al cieno infame van besando
las extendidas manos

1. G. J. Renier, *The Dutch Nation. A. Historical Study*, págs. 41 y ss., Londres, 1944; muy semejante a la canción que estudiamos por sus dobles planos directo y trascendente, es la del mismo Tejada a Felipe III, inserta en la obra de Cristóbal de Mesa que publica Gallardo, *Biblioteca*, III, págs. 784-85.

con llaves de que usaba el granadino
con oprobio del pueblo sarracino,
y colas erizadas de otomanos,
águilas, hombres, leones,
becerros, racional del pueblo duro,
en listadas banderas y palones
(con gloria tuya) arrastra al reino obscuro,
y mil despojos que tu espada quita
al africano, al persa, al turco, al cita”.

(Estancia 12)

En todas las partes del mundo, en el Sur, donde el sol tuesta al mismo suelo ardiente, en el Norte, donde el hielo cuaja, duro y blanco e imita al mármol, en el Oriente entre los moros, a los que Fernando el Católico infundió pavor, y en el Occidente, entre los cristianos, a los que dió gloria, el hecho de que sus sucesores regios se hayan proclamado como mantenedores del bien alienta la esperanza más grande. No importa que la nobleza, la mano, el valor y el pecho españoles estén perdido, flaco, inútil y deshecho, pues aún modesta la potencia de España, está fuerte, heroica y es afable ella. ¡Oh muerte cruel, oh tiempo inhumano, oh parca inexorable!, dice, suspirando por la ausencia de Fernando el Católico en tantos aprietos materiales presentes, semejantes a aquellos otros que él enseñó a vencer. Pero tanto en España resplandece la virtud de éste,

tal fuerza tiene ella, que cuantos llevan el renombre de Católico que aquél mereció, la reviven eternamente. Otra comparación nos semeja a Tejada con los coetáneos de Gracián. Aunque convertido en tierra, el nombre de Fernando el Católico ha pasado a inmarcesible inmortalidad brillando más que el sol, por mucho que éste inflame en su ardor a los caballos alados de su triunfal carro, Pirois, Lampo, Acteón y Filijeo¹. Para España, pues, Fernando el Católico será estímulo vivo de esperanza. En su relación con el mito, este estado de cansancio y de debilidad aparente y circunstancial de España, se iguala con la postración y cansancio que se señaló como causa de innúmeros episodios de desaliento, en la guerra consuntiva de los titanes. De tales determinantes agonales y aretelógicas que le señalamos en su reciprocidad no incompatible, da testimonio Tejada en los conceptos con que se expresa en su estancia poética:

“Este fué, el grande honor, la gloria fué ésta
con que veneró el mundo el brazo y celo
que al moro dió pavor, gloria al cristiano,

1. Muy pocas veces citados los nombres de tales caballos, por primera vez figuran en el gramático latino Fulgencio Fabio Planciades: “*equis condigna huic nomina posuerunt, id est Erytreus, Acteon, Lampus et Filegeus*”, 12, libr. I, *Mythologiarum Libri III ad Catum, presbyterum*, 1.ª edic., Milán, 1487, cuyo resumen de la teogonía hesiodiana, igualmente pudo ser manejado por Tejada; la última estimación literaria del mito preolímpico en F. G. Jünger, *Die Titanen*, Frankfurt am Main, 1944; a la luz de esta estimación es sorprendente que Tejada, aunque ortodoxo y católico, ya en su tiempo, imputara titanismo a un gobernante como Fernando de Aragón, para la “época de los reyes políticos”; más por nostalgia, como en Petrarca, que por irredención, como en Maquiavelo, el esquema patriótico y universal del titán se perfila en esta estrofa de Tejada.

de donde el sol el suelo ardiente tuesta.

A do imitando al mármol se ve el hielo
en cuajada dureza y color cano.

Mas ¡oh muerte cruel, tiempo inhumano!

¡Oh, parca inexorable!

que tal nobleza, mano, valor, pecho
perdida, flaca está, inútil, deshecha,
aunque modesta, fuerte, heróica, afable.

Mas tanto resplandece

tu gran virtud, que aunque resuelto en tierra,

a la inmortalidad tu nombre ofrece

la fama que eterniza al que no yerra

en cuanto inflama del ardor febeo

Pirois, Lampo, Acteón y Filijeo”.

(Estancia 13)

De superación y de consuelo fué, pues, la esperanza que a España infundió Fernando el Católico contra sus enemigos externos próximos. Le quedan por analizar a Tejada los enemigos internos, y ahora la idea de caridad le inspira la ponderación de las formas de ella que, como dos polos de amor y reverencia, la hagan girar, y esas serán las flores que cerrarán la corona por él tributada al aragonés. Como de caridad y amor fué éste, árbol que amparó a aquellos sus secuaces, que deseosos del sol de verdad im-

perecedera de España, y siguiendo su ejemplo puro de santidad, abrigaron la ilusión de verse protegidos. Fué así mientras fué católica la política de cuantos le siguieron, porque la de Fernando el Católico fué cristiana y en todo concorde con Dios. Juega con el símil del árbol, y en sentido figurado expresa que en la caridad, pervivida mediante el ejemplo del aragonés, que fué la caridad misma de los monarcas sus sucesores, se anidaron aves —esto es, personas de poca viveza y espíritu, que tal sentido figurado tiene dicha voz, siendo ello quizás una alusión a los privados y ministros de los Austrias—. Los cuales, en su indolencia, engendraron otras espantosas de rapiña, como las que sorbían su savia en oficios y cargos menores, tan criticados por la literatura institucionalista del tiempo. Tal idea de la ambición personal de quienes así servíanse del árbol protector que es la caridad española, la iguala Tejada con la muerte de Campé el carcelero de los ciclopes, perpetrada por Zeus, el hijo parricida. El cuerpo victorioso de la política divina de Fernando el Católico, con el velo de sus hojas, de ejemplos y normas frondosas y suaves, fué cercenado en su planta y rendido a tierra; al igual que el tronco del árbol de la caridad española pura fué rendido por la mano grosera del pecado de avaricia, aniquilador del país; cual hacha aguda que a la fiera ahuyenta, como a la loba en el poema dantesco, espanta al ladrón y vence

al hombre mismo que lo comete, según sucedió a Judas¹. Sumamente alegórica por naturalista, y extremadamente simbólica por política y moral, así como transcendente por el doble plano teológico y teogónico en que se la sitúa, es esta estancia de Tejada, una de las más hermosas y acabadas de cuantas figuran en su poema. Reza así:

“Ya se vido tal vez árbol ufano
de bellas flores coronado y lleno,
de tiernos tallos y pimpollos tiernos,
con verdes hojas viste del verano,
con fresca cima, nido al ave ameno,
y exento a furia de ásperos hibiernos;
y entre sus ramos prósperos y eternos
las aves se anidaron,
y engendraron las aves espantosas;
y gentes de su sombra deseosas
del sol con ella un tiempo se escudaron.
Mas destrozó su planta
rústica mano, con la hacha aguda

1. En la literatura europea de emblemas que tanto uso político hizo del árbol, es frecuente la imagen del hacha derrocadora. Atribuido a la supuesta emblemática política de sus antepasados regios mejicanos, en el Bajo Barroco escribe así el jesuita Diego Luis de Motezuma: “En el tercero pintó, alargándose entre nubes, manos con tajantes hachas amagando golpes a un cedro, significando el odio fatal del pueblo contra ministros, que no son de fruto al bien público, y sólo tratan de crecer con la dignidad y de hacer sombra a sus allegados, o ahondando a su fortuna raíz, aprendiendo de lo incorruptible del cedro a no pudrirse jamás por el mal común, y sólo con atención a su bien particular”, *Corona Mexicana o Historia de los Nueve Motezumas*, edic. y prólogo de L. de Torre, pág. 50, Madrid, 1914.

que a la fiera ahuyenta, al ave espanta,
y al hombre que en la sombra de él se escuda,
rindió el tronco a la tierra el velo hojoso:
tal rindió el rey el cuerpo victorioso.

(Estancia 14)

El cuerpo aparente de la canción parece asimismo que termina con estas palabras y alusión, sobre el fin en España de la política de caridad de Fernando el Católico, porque semeja la propia terminación de la vida terrena del aragonés explicada, según los detractores de éste, por tantos motivos capciosos. Mas si recordamos que trata Tejada de su vida ultraterrena e imperecedera es ella simbólica sobre la suerte de su política de caridad, en sentido de amor, y que tiene que referirla en su sentido de reverencia. Extrañamente desde su punto de vista clásico, como puede observarse en la estancia final o retorno de la canción, Tejada, con preferencia manifiesta en favor de Fernando el Católico, trata y consume tal estancia, sin faltar a la más pura preceptiva, que preconiza la poética coetánea, entre conminación, diálogo y justificación con su obra propia, según era académico. Para darle tono traslaticio y aretelógico, Tejada se sirve del último episodio de la derrota de los titanes y de la aclaración de Hesiodo respecto a éstos; sobre los cuales, para no confundirlos con los gigantes que, con sus colas de serpiente, en su derrota —¡manes de Vale-

ry!—, se inclinan hacia el centro de la tierra, especifica que los titanes tendían hacia el cielo. Míticamente, como titán, a ellos se semejó Fernando el Católico si el problema de Hesiodo no oculta duda. Mas, como bienaventurado, que es cuanto en el aragonés prevalece, triunfó por la misma caridad, que fué lazo unitivo de los españoles con Dios; y las cargas políticas, que Fernando el Católico impuso a España, fueron el yugo de amor que a los españoles obliga, y los hacen superiores. La exclusión de los atributos heráldicos de Isabel de Castilla en esta estancia terminal, aunque ella se vea referida en la misma, de ninguna forma y no en idéntico grado de consideración, se debe tener por ponderada. Por su lema individualizado sólo Fernando el Católico se remonta al cielo:

“Canción, detén el vuelo,
y en viendo el alabastro que hoy encierra
al fuerte Marte y célebre Belona
de flores cubre la dichosa tierra.
Y pues que tal sujeto te corona,
tu voz esparce, y la remonta al cielo;
pues al cielo se esparce y se remonta
el yugo y lazos de su “Tanto monta”

(Estancia 15 y última).

Por el contenido complejo de la canción se ve, una vez más, con cuánto afán, por cuántos caminos y mediante

cuántas ingeniosidades o esquemas tipológicos, nuestros escritores del siglo de oro quisieron expresar su concepción sobrehumana, sobrenatural, y, superhistórica en este caso, de Fernando el Católico. Es bienaventurado éste, según el poema de Tejada, y por eso es menos que Dios mismo, como más tarde Samaniego había de perfilarlo; pero es titán y ello le hace más que hombre, por muy perfecto que en este sentido quisiera dibujarlo Gracián. Universal—de aquí y del allende—, imperecedero y superior en sumo grado, por español, es para Tejada, pues, el gobernante Fernando el Católico, monarca único, “raro y solo”.

Madrid, noviembre de 1945